

LENGUA E IDENTIDAD NACIONAL

Slaveyah Goranova
Universidad de Sofía „San Clemente de Ojrid“

LANGUAGE AND NATIONAL IDENTITY

Slaveya Goranova
St. Kliment Ohridski University of Sofia

The present article offers a brief examination of the possible correlation between language and national identity. While venturing into the area of historical and modern linguistics, our perspective has been philosophical. We have enumerated the main pillars of a nation and noted that the loss of some of them accompanies the formation of a new nation. Thus we have been led to assert the existence of a fundamental correlation between language and national identity.

Key words: Language, national identity, nationalism, nation formation, nation's pillars, pluricentric language

En nuestra época tan distinta de la de Paisiy, sigue vigente la correlación entre subestimar a tu propia lengua e historia y no valorarte lo suficiente a ti mismo. Paisiy no cree que a uno le podría dar vergüenza llamarse “búlgaro” si conociera la historia de su pueblo, escrita en su lengua natal. Inclusive Paisiy ordena: “Tú, búlgaro, no te engañes, ¡conoce tu pueblo y tu lengua y aprende en tu lengua!”¹ (la traducción es nuestra). Para el escritor, no puede existir el uno sin el otro, o sea el conocimiento de la lengua natal y el conocimiento (y reconocimiento) de la familia extendida, los paisanos, o simplemente *el pueblo*, forman una pareja inseparable, sin la cual el ser humano no podría llegar al grado máximo de autoestima.

¿Por qué resultan inseparables el pueblo y su lengua? ¿Por qué Paisiy insiste tanto en autodefinirse como miembro del pueblo búlgaro en el

¹ „Ти, българино, не се мами, знай своя род и език и се учи на своя език!“ (Hilendarski 2002: 16).

idioma búlgaro? Desde los antiguos griegos, a los que no hablaban griego, se les denominaba “bárbaros”, o sea “no-griegos”. Si alguien lograba aprender el idioma utilizándolo con la fluidez de un nativo hablante, entonces éste ya se podría considerar griego (la historia ofrece bastantes ejemplos de niños cautivos en Constantinopla, quienes crecen hablando griego, y al dejar de ser niños, no dejan de ser cautivos “espirituales”, renunciando a su lengua materna y a su patria, y sintiéndose griegos).

En tiempos mucho más recientes, cuando el nacionalismo clásico se encontraba en su apogeo, se creía que para la existencia de una nación autónoma, se requería terreno encerrado entre las fronteras de un país más un idioma distinto y separado de los idiomas de otros pueblos. Aún hoy en día, este tipo de nacionalismo sigue con vida, notoriamente en nuestra parte del mundo, Europa del sureste, donde inmediatamente después de la formación de países nuevos (como Croacia, República de Macedonia, etc.), se empezaron a desarrollar las ciencias lingüísticas de sus respectivos idiomas. Independientemente de la verdad histórico-lingüística (si estos idiomas fueron “creados” a propósito, o sea “fabricados”, y si de hecho el croata es un dialecto del serbio, y el macedonio un dialecto del búlgaro), la realidad de hoy es que ambos pueblos sienten la necesidad de afirmar y conservar su identidad como pueblos distintos de los demás por medio de una unión de territorio propio con lengua propia. Y por más anticuada y rechazada por el tiempo que nos pueda parecer su manera de definir la nacionalidad, ¿de veras se equivocan?

Para empezar, ¿cuáles son los pilares de una nación? Sin duda, entre ellos de inmediato serían nombrados una historia común, una religión, una lengua y un territorio también común, y, por supuesto, la autoconciencia de ser miembro de dicha nación. ¿Podría existir una nación sin uno o varios de estos pilares? Nuestra época está repleta de ejemplos de naciones a las que les faltan algunos de los pilares principales, sin que esta “falta” haya afectado negativamente a las naciones. La nación estadounidense se ha formado y está “funcionando” a pesar de no exhibir una religión común; lo que es más: tal nación es un excelente ejemplo de cómo un pilar – en su caso, el de la autoconciencia – podría ser desarrollado hasta un grado tan alto que todos los demás pilares parezcan cargadores de insignificante peso del gran edificio de la nación, mientras que este pilar quede como el pilar fundamental de carga.

Efectivamente, en nuestros tiempos abundan ejemplos de combinaciones distintas, diferenciadas tanto por el número y tipo de pilares de la nación, como por la importancia de cada pilar en relación con los demás, pero, ¿existen ciertos pilares cuyo papel esencial se ha comprobado

a lo largo de los siglos? Para ofrecer una respuesta, es necesario recordar el *ideal* de la nación, o sea, a lo que se parece el concepto de “nación” en su forma más abstracta y generalizada. La esencia del ideal de la nación, es la familia. La nación perfecta es una familia extendida. ¿Cuáles son los pilares de la familia? Definitivamente no el amor (lo que parece ser la respuesta más obvia y la que más rápido se podría dar): existen muchas familias en las cuales reinan la indiferencia o el odio, aunque casi siempre templados por cierta dosis de amor. Una familia no puede llamarse así si no goza de un principio común, dicho de otro modo, si no tiene historia; tampoco puede existir si sus miembros no se pueden comunicar entre sí: como seres humanos, nosotros nos comunicamos por medio de una lengua. Entonces Paisiy, en sus observaciones al parecer bastante sencillas, ha llegado a una verdad grande y universal al respecto del espacio y del tiempo: para ser miembro de una nación, uno tiene que compartir su historia y su lengua.

¿Qué es lo que esta verdad significa en el contexto del pluricentrismo idiomático? ¿Es posible que naciones distintas compartan el mismo idioma? Probablemente el más reconocido ejemplo de lenguas pluricéntricas es el de las *parejas* euroamericanas (el inglés americano, incluyendo el inglés canadiense, y el inglés británico, el español peninsular y el definido por Coseriu “el español de las Américas”, que en realidad es un conjunto de múltiples variantes, el francés del Viejo Continente y el francés quebequense, el portugués europeo y el portugués brasileño). Lo que se ha observado en la formación de las naciones americanas y en su separación oficial y final de las naciones europeas, es, antes que nada, la aparición de un territorio nuevo, o sea la caída del pilar territorial. La importancia del factor espacial no permite la permanencia sostenida de una nación en territorios múltiples y separados entre sí. Por su lado, el factor temporal, cuya expresión se puede hallar en la historia, resulta en la pérdida del pilar histórico, debido a la ausencia de un conglomerado de experiencias comunes. Sin este par de pilares, las naciones euroamericanas quedan incapaces de mantener su existencia y el nacimiento de las nuevas y autónomas naciones americanas², es inevitable.

Para resumir, la extensión de una nación sobre un territorio nuevo y aparte engendra una historia nueva y aparte. Por definición, no es posible que dos territorios tengan la misma historia: la historia es un conjunto de hechos en los planos temporales y *espaciales*.

² Por supuesto que el caso de Canadá exhibe un poco más de complejidad, por la relativa autonomía del estado de Quebec.

Después de la formación de naciones distintas, ¿qué sucede con el pilar idiomático de lo que era una sola nación? La lógica no exige la exclusividad de todos los pilares (aparte de la de los pilares de territorio e historia). Hay numerosos casos de naciones distintas que comparten la misma religión. Aun así se debería notar que para que pueda servir como pilar de una nación, la religión tiene que exhibir ciertas diferencias de la de las demás naciones. Efectivamente, a pesar de que todos los musulmanes observan los mandamientos de las suras del Corán, existen diferentes maneras de interpretar dichos mandamientos (éstas tienden a variar según la nación o el grupo étnico). En los países católicos también se observan variaciones en la praxis religiosa, por ejemplo: en México veneran la casi totalmente desconocida en Polonia, Virgen de Guadalupe.

El caso del pilar idiomático es, hasta un cierto punto, similar al del pilar religioso. Los dos se parecen en el aspecto de que - aunque una sola religión o lengua podría servir como pilar de dos o más naciones distintas - siempre surgen diferencias tópicas. Lo que distingue la lengua de la religión es la gran accesibilidad e inclusividad de la primera. Claro, todo el mundo puede ser religioso, pero eso significa meramente *suscribirse* a cierto dogma, no *participar* en su creación o evolución³. Cuando se trata de la lengua que los nativos hablantes empleamos, el caso es inverso: todos nosotros desempeñamos un papel activo en la modificación constante de nuestra lengua. Es por eso que dichas diferencias tópicas son mucho más marcadas al respecto de la lengua que de la religión. Inclusive, las peculiaridades locales tienden a agravarse con el paso del tiempo, y si al principio el lenguaje hablado en el nuevo territorio se ve como dialecto de la lengua del territorio “original” o “viejo”, este lenguaje seguido evoluciona en “variante”, o sea, en un participante ecuaníme en una lengua pluricéntrica⁴, y no rara vez una variante logra el estatus de una lengua nueva y aparte de la lengua del territorio original. En las últimas décadas, hemos sido testigos del paso de varias lenguas europeas por la tercera etapa de esta transformación. Aunque dolorosa para la mayoría de los búlgaros, la evolución de lo que empezó como un simple dialecto de nuestro idioma, ya culminó en la creación de una lengua distinta del búlgaro, el macedonio.

La tendencia hacia la separación de la lengua de la “nueva” nación (o la nación más recientemente reconocida como tal) de la lengua de la nación “madre”, se puede observar claramente en un idioma notoriamente pluricéntrico como el inglés. A pesar de que el inglés estadounidense no cuenta con el privilegio más básico de la gran mayoría de idiomas con

³ Este privilegio es reservado para pocos (teólogos, clérigos de alto mando).

⁴ Esta etapa no siempre se encuentra claramente delimitada o existente.

millones de nativo hablantes, el de ser el idioma oficial del país en el cual “nace”, su estatus como un idioma aparte del inglés británico está firmemente fijado en la conciencia de sus hablantes. Desde los primeros diccionarios del *americano*, compilados por Webster en el siglo XIX, hasta el dicho común de hoy “¡Habla *americano!*”⁵, muchos de los nativo hablantes del inglés estadounidense lo han considerado un idioma en sí⁶.

La misma tendencia se nota en el caso de otro gran idioma pluricéntrico, el español. Sin necesariamente otorgarle el nombre de “mexicano”, nativo hablantes del español mexicano lo ven como un lenguaje definitivamente distinto de las demás variantes del español. Y hay buenas razones para pensar así. Lo que hace único al español mexicano desde el punto de vista del campo léxico, se debe principalmente a: 1. la influencia de otros idiomas; 2. la influencia de lenguas funcionales (de la lengua histórica española) de épocas anteriores y 3. la “auto-influencia” sociocultural del enorme y heterogéneo territorio del país.

Cuando se habla de influencia de otros idiomas, se da por entendido que no se trata de idiomas como el francés o el italiano, por ejemplo (que, sin duda, han aportado ciertas palabras y/o expresiones al “mexicano”), sino del inglés y del náhuatl. Son estos últimos los dos idiomas que han dejado huellas profundas en el “mexicano”.

En el primer caso – el del inglés – la nueva *lengua franca* no sólo ha aportado la mayor parte de la terminología de las áreas de tecnología moderna (como hoy en día lo ha hecho con muchos idiomas más, inclusive con el búlgaro), sino también ha enriquecido al “mexicano” con una plétora de palabras más breves y más fáciles de usar (“parkear” en vez de “estacionar”, “tip” en vez de “consejo”) o ha ofrecido una nueva manera de usar palabras españolas (“carro” – originalmente “vehículo sin motor” – en vez de “coche”, por la cercanía con “car”).

El segundo caso es el de náhuatl, la lengua que fue la más difundida entre los habitantes nativos (prehispánicos) de la región y la que sigue siendo la más hablada entre los indígenas de México moderno⁷. Tal lengua le ha dado un sabor inigualable al “mexicano”. En el español peninsular no

⁵ “Speak American!”

⁶ Inclusive nativo hablantes del inglés británico definen al inglés estadounidense como “americano”. Basta con mencionar a la escritora británica Agatha Christie quien lo resume todo en una oración: “El Sr. Morales era ciudadano americano y hablaba una variante de la lengua americana” (“Mr Morales was an American subject and spoke a variant of the American language”) (Christie 2002: 197).

⁷ A la que apenas se le otorgó el estatus de “lengua”. Por siglos, al náhuatl se le denominaba “dialecto” con el fin de subestimarle en relación con el español.

existen los mexicanismos “guajolote” (“pavo”), “cuate” (“amigo”), “chapulín” (“saltamontes”) y miles de otros⁸.

En el “mexicano”, además de nahuatlismos y (con mucha menos frecuencia) anglicismos, o más bien, americanismos, se encuentran muchas palabras que han caído en desuso en España. Lenguas funcionales del español peninsular de épocas anteriores han dejado una impresionante cantidad de arcaísmos (“prieto”, “fierro”, “dilatarse”). Además, se presentan algunas formas de conjugar verbos que ya no se emplean en español europeo (como “haiga” por “haya”)⁹.

El último de los tres grandes factores a nivel léxico que podrían hacer del “mexicano” un idioma único y aparte, es la “auto-influencia”, o sea el conjunto de diversos factores sociales y culturales del extenso territorio de los Estados Unidos Mexicanos. Tales factores son de procedencia local y surgen del uso cotidiano del “mexicano” (“padre”, “naco”, “chuqui”) y/o de conceptos “cien por ciento mexicanos” (como el malinchismo – adoración a lo que proviene del exterior, por la figura histórico-legendaria de la Malinche).

En realidad, en el campo léxico existen diferencias tanto cualitativas¹⁰ como cuantitativas entre el español peninsular y el “mexicano” en todas las áreas menos en aquellas donde el “mexicano” todavía no ha desarrollado una tradición propia (como en las ciencias sociales y las humanidades: en la lingüística y la filosofía, entre otras). Las lenguas funcionales *orales* del “mexicano” y del español peninsular (ciertos sociolectos) son los que están repletos de diferencias léxicas, pero a nivel de lenguas funcionales *escritas* (lengua “cult”) las diferencias no abundan: el cambio empieza por el lenguaje de la prensa, pasa por el de las ciencias naturales y la literatura, para llegar a transformar el de las ciencias sociales y las humanidades al último.

Desde un principio, voy a admitir que las diferencias gramaticales son mucho menos que las lexicales y de pronunciación (es precisamente por eso que diría que el “mexicano” todavía no ha superado todos los

⁸ Lo que es más, ciertas palabras nahuatlanas han entrado en el mismo español peninsular (“colibrí”, “huracán”, “iguana”, “papaya”, etc.).

⁹ Aunque tales diferencias sobresalen al campo léxico y son tanto gramaticales como lexicales, si no más.

¹⁰ Son cualitativas porque sobresalen los límites del sistema de la lengua española (bajo la influencia de otros idiomas como el inglés y el náhuatl y su auto-influencia) y sin duda: cuantitativas (existen diccionarios enteros de “mexicanismos” como “Diccionario mexicano-español”, “Diccionario del español usual en México”, “Expresiones mexicanas. Diccionario popular”, etc.).

límites del sistema de la lengua española). Mas sí las hay. En el “mexicano” se observa el uso excesivo de los pronombres personales (¿Tú qué dices?) y la pérdida de dos de ellos (“vosotros” y “vosotras”). También se pluraliza el objeto directo (“los” – “lo”) junto al objeto indirecto “se” (“se los advertí a ellos”). Existen diferencias en el uso de “lo” y “la” (“a la mejor” en vez de “a lo mejor”) y de “lo” y “le” (el leísmo europeo no se presenta en el “mexicano”: “le observé a él” es “lo observé a él” en “mexicano”). Además llega a variar el empleo de ciertas preposiciones (“empiezo *hasta* las 9” versus “empiezo *a* las 9”), y el género gramatical de algunas palabras (“el internet” versus “la internet”). Como de una manera muy colorida explica Manuel Orozco y Berra: [en México] “no dicen completas las palabra, dislocan las concordancias, confunden los géneros, no siguen el giro de las conjugaciones” (Orozco y Berra 1864: 1).

Las diferencias más significativas e importantes a la hora de alumbrar la dicotomía entre el “mexicano” y el español peninsular radican en los tiempos verbales. El pretérito simple y el compuesto se emplean de distintas maneras (“me acosté” en “mexicano” mientras que “me he acostado” en español peninsular). En el “mexicano” se observa una tendencia hacia un grado más alto de analitismo del idioma. Me refiero a la creciente preferencia por la perífrasis del futuro “ir a más infinitivo” (“voy a ir” en vez de “iré”).

Este alejamiento del sintetismo del futuro simple, junto con la reducción de las conjugaciones (con la previamente mencionada pérdida de “vosotros/as” y sus correspondientes formas verbales), parece indicar una “descomposición” de la lengua al estilo jesperseniano. En otro sentido, también es “descomposición” de la lengua histórica porque dos grandes conjuntos de lenguas funcionales (o *variedades*), el español peninsular y el “mexicano”, se están separando uno del otro, engendrando, tal vez, el “mexicano” en su analitismo más avanzado de su propia lengua histórica.

Es en el campo de la pronunciación, donde las diferencias entre el español peninsular y el “mexicano” son las más marcadas. Si uno fuera a comparar los dos lenguajes sólo a base de cómo suenan, ni dudaría que son idiomas distintos.

En su “Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México”, Manuel Orozco y Berra ofrece una breve, pero excelente, descripción de la pronunciación mexicana:

Los descendientes de los españoles no pronuncian bien el castellano; en todo México se confunden los sonidos de la *ll* con el de la *y*, y los de la *s*, la *c* y la *z* entre sí, incurriendo en el defecto que los ortólogos llaman *seseo*; ningún caso

se hace tampoco de la diferencia de pronunciación entre la *b* y la *v*, y se han puesto en olvido las aspiraciones de la *h*. (Orozco y Berra 1864: 1).

Efectivamente en mexicano no existe el sonido [θ] (corazón [coraθon], noción [noθion] en español peninsular). El seseo¹¹ reina, además se llega a escuchar [z] – sonido ajeno al español. La sonoridad de la “s” ante una consonante sonora (desde [dezde], mismo [mizmo]) es realmente típica para el “mexicano”. La elisión de la “s” final (especialmente en la forma plural de los sustantivos) va acompañada por la pérdida de la “d” final (libertad [liberta], fraternidad [fraternida]), la cual nunca se sustituye por una [θ] como en ciertos dialectos del español peninsular (el nombre de su ciudad natal se pronuncia por los madrileños [Madriθ]). El sonido de la “j” es mucho menos gutural en el “mexicano” que en el español europeo. La “b” y la “v” (llamadas “be grande” y “be chica” en “mexicano”) tienen el mismo sonido: [b]. También se observa el yeísmo (no distinguir entre el sonido de la “y” y de las “ll”¹²). Adicionalmente el “mexicano” tiene su propio sonido, herencia del náhuatl: [tl] (Iztaccíuatl, Tlaquepaque).

El conjunto de todos estos rasgos es más que suficiente para diferenciar al “mexicano” del español peninsular. Pero la entonación, la melodía del “mexicano”, es lo que lo convierte en un lenguaje aún más especial y aparte del español europeo.

En vez de enumerar diferencias (que sería una tarea sin fin, como la entonación goza de una variedad extensa: en este campo, a las diferencias entre los dos lenguajes se les suman las entre todos sus dialectos y subdialectos, multiplicando y complicándolas hasta un grado súper humano), voy a recurrir a un testigo de objetividad indudable: una machina (*Deus ex machina* en el sentido literal). El testimonio es muy reciente, apenas del año pasado. Según la computadora, el español peninsular y el “mexicano” no son el mismo idioma. El testimonio es tomado por parte de un hablante de español peninsular, quien expresa su incredulidad ante la verdadera naturaleza de la “unidad del idioma”:

Ya sabéis que ayer se presentó en España Kinect, concretamente en Bilbao. Y allí se confirmó que el juego iba a venir adaptado a tres idiomas: inglés, japonés y español mexicano.

¹¹ Últimamente se ha cuestionado la lógica de llamar este fenómeno “seseo” como si fuera una excepción, cuando ya es la norma a nivel panhispánico. Lo mismo está sucediendo con el “yeísmo”.

¹² Después de la reordenación del 1994, la cual inicio el proceso de modernización del alfabeto con respeto a la “ll” y la “ch”, éstas finalmente perdieron su estatus de letra el año pasado.

Al parecer español de España o castellano, (o como querías llamarlo) no será adaptado hasta la próxima primavera con una actualización que lo hará compatible. Aunque parezca mentira, un español no podrá comunicarse con el aparato por la diferencia de entonación. (Lázaro 2010: 1).

El usuario, quien tituló su comentario “El Kinect entenderá mexicano, no español” admite su ubicación: “Muchos de nuestros lectores no les importará demasiado, porque son mexicanos, pero a los españoles si que nos molesta bastante” (Lázaro 2010: 1). ¿Será que haya llegado el tiempo en el que se podría discutir la posible existencia del “mexicano?”

Por supuesto, en el contexto de un idioma pluricéntrico, es sumamente difícil saber si se trata de *variantes* de este idioma o de *idiomas* diferentes. Pero aún sin precisar la etapa de evolución del lenguaje de una nación “nueva”, se puede afirmar la presencia de tal evolución, o sea la tendencia hacia la diferenciación de este lenguaje de las lenguas de otras naciones (inclusive cuando el lenguaje en cuestión, nacido como un simple “dialecto”, no ha traspasado los límites de ser una “variante”). Y esta tendencia se revela como completamente natural, tomando en cuenta el hecho de que la lengua es uno de los principales pilares de la nación. Como Paisiy intuía, existe una conexión íntima, fuerte y primordial entre lengua e identidad nacional.

BIBLIOGRAPHY

Christie 2002: Christie, A. *Sparkling Cyanide*. London: Harper Collins, 2002.

Hilendarski 2002: Хилендарски, Паисий *Славянобългарска история*. София: „Захари Стоянов“, 2002.

Lázaro 2010: Lázaro, R. consultado el 1 de agosto de 2011. <<http://ecetia.com/2010/08/el-kinect-entendera-mexicano-no-espanol>>

Orozco y Berra 1864: Orozco y Berra, M.: consultado el 10 de septiembre de 2011 <<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/geografia-de-las-lenguas-y-carta-etnografica-de-mexico-precedidas-de-un-ensayo-de-clasificacion-de-las-mismas-lenguas-y-de-apuntes-para-las-inmigraciones-de-las-tribus--0/html/>>.